

CELEBRACIONES **D**OMINICALES
EN
ESPERA DEL **P**RESBÍTERO



TIEMPO ORDINARIO
IIIPARTE
CICLO **B**

ORDEN DE LA CELEBRACIÓN

RITOS INICIALES

Mientras la asamblea canta, el ministro laico desde el lugar que le corresponde (sin besar el altar ni sentarse en la sede), hace la señal de la cruz y saluda a los presentes diciendo:



n el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo.

El pueblo responde:

Amén.

SALUDO AL PUEBLO CONGREGADO

2. Seguidamente, el ministro laico dice:

Hermanos, bendecid al Señor, que nos (o bien: os) invita benignamente a la mesa de su Palabra y del Cuerpo de Cristo.

El pueblo responde:

Bendito seas por siempre Señor.

Seguidamente se hace la monición de entrada que se encuentra en el tiempo correspondiente.

ACTO PENITENCIAL

5. A continuación se hace el Acto penitencial tal como está en el domingo correspondiente.

6. Seguidamente el ministro laico, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos oran en silencio durante unos momentos.

Luego dice la oración colecta del tiempo correspondiente.

La colecta termina siempre con la conclusión larga:

Si la oración se dirige al Padre:

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de ella se menciona al Hijo:

Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas con el Padre
en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios
por los siglos de los siglos.

Al final de la oración el pueblo aclama:

Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

7. El lector va al ambón y lee la primera lectura, que todos escuchan sentados.

Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.

Todos responden:

Te alabamos. Señor.

8. El salmo es cantado o recitado por el salmista o cantor, y el pueblo intercala la respuesta, a no ser que el salmo se diga seguido sin estribillo del pueblo.

9. Si hay segunda lectura, se lee en el ambón, como la primera.


Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.

Todos responden:

Te alabamos, Señor.

Para utilidad de los fieles, en lugar del símbolo niceno-constantinopolitano, la profesión de fe se puede hacer, especialmente en el tiempo de Cuaresma y en la Cincuentena pascual, con el siguiente símbolo bautismal de la Iglesia Romana llamado «de los Apóstoles»:

reo en Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen,

hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,

nació de santa María Virgen,

padeció bajo el poder de Poncio Pilato,

fue crucificado, muerto y sepultado,

descendió a los infiernos,

al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos

y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.

Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica,

la comunión de los santos, el perdón de los pecados,

la resurrección de la carne y la vida eterna.

Amén.

17. Después se hace la plegaria universal u oración de los fieles, que se desarrolla de la siguiente forma:

Invitatorio

El ministro laico invita a los fieles a orar, por medio de una breve monición.

Intenciones

Las intenciones son propuestas por un lector o por otra persona idónea.

El pueblo manifiesta su participación con una invocación u orando en silencio.

La sucesión de intenciones ordinariamente debe ser la siguiente:

- a) por las necesidades de la Iglesia;
- b) por los gobernantes y por la salvación del mundo entero;
- c) por aquellos que se encuentran en necesidades particulares;
- d) por la comunidad local.

Conclusión

El ministro laico termina la plegaria común con una oración conclusiva.

RITO DE LA COMUNIÓN

15. Concluida la oración de los fieles, el ministro laico se acerca al sagrario y, una vez abierto, hace genuflexión ante el Santísimo Sacramento; colocándolo encima del altar dice:

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

O bien:

Llenos de alegría por ser hijos de Dios,
digamos confiadamente
la oración que Cristo nos enseñó:

O bien:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones
con el Espíritu Santo que se nos ha dado;
digamos con fe y esperanza:

O bien:

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía,
signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna,

oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Y, junto con el pueblo, continúa:



Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

16. Luego, si se juzga oportuno, añade:

Démonos fraternalmente la paz.

O bien:

Como hijos de Dios, intercambiamos ahora
un signo de comunión fraterna.

O bien:

En Cristo, que nos ha hecho hermanos con su cruz,
démonos la paz como signo de reconciliación.

O bien:

En el Espíritu de Cristo resucitado,

démonos fraternalmente la paz.

Y todos, según la costumbre del lugar, se dan la paz.

17. El ministro laico hace genuflexión, toma el pan consagrado y, sosteniéndolo un poco elevado sobre la patena, lo muestra al pueblo, diciendo:

Éste es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Y, juntamente con el pueblo, añade:

Señor, no soy digno
de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya
bastará para sanarme.

18. El ministro laico dice en secreto:

El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna.

Y comulga reverentemente el Cuerpo de Cristo.

19. Después toma la patena o la píxide, se acerca a los que quieren comulgar y les presenta el pan consagrado, que sostiene un poco elevado, diciendo a cada uno de ellos:

El Cuerpo de Cristo.

El que va a comulgar responde:

Amén.

Y comulga.

20. Cuando el ministro laico comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión.

21. Acabada la comunión, el ministro laico devuelve el Santísimo Sacramento al sagrario y, antes de cerrarlo, se arrodilla.

22. Después vuelve a su sitio. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo, un cántico de alabanza o un himno.

23. Luego, de pie en su sitio o en el altar, dice la oración para después de la comunión que encontrará en el tiempo correspondiente:

Oremos.

Y todos oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

24. Después dice la oración después de la comunión.

La oración después de la comunión termina con la conclusión breve.

Si la oración se dirige al Padre:

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de la misma se menciona al Hijo:

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

El pueblo aclama:

Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

25. En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

26. Después tiene lugar la despedida. El ministro laico dice:

El Señor bendiga,
nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

27. Luego, con las manos juntas, despide al pueblo con una de las fórmulas siguientes:

Podemos ir en paz.

O bien:

La alegría del Señor sea nuestra fuerza.

Podemos ir en paz.

O bien:

Glorifiquemos al Señor con nuestra vida.

Podemos ir en paz.

O bien:

En el nombre del Señor, podemos ir en paz.

O bien, especialmente en los domingos de Pascua:

Anunciemos a todos la alegría del Señor resucitado.

Podemos ir en paz.

El pueblo responde:

Demos gracias a Dios.

28. **Después hecha la debida reverencia se retira.**





Domingo XVIII después de Pentecostés

Monición de entrada

Rodeamos la mesa santa, como cada domingo lo hacemos, para recibir el Pan de la vida en lo que tiene de Palabra proclamada y Eucaristía recibida.

Pidamos, al comenzar la celebración, perdón por nuestros pecados; el es nuestro auxilio. Le pedimos que no tarde en regalarnos su gracia que nos revestirá de ese traje de fiesta necesario para poder participar en estos misterios santos.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú que eres el Pan bajado del cielo. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que tienes palabras de vida eterna. Cristo ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que nos invitas a participar de tu mesa. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Gloria

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



Atiende, Señor, a tus siervos
y derrama tu bondad imperecedera
sobre los que te suplican,
para que renueves lo que creaste
y conserves lo renovado en estos
que te alaban como autor y como guía.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Sigue la proclamación de la palabra de Dios que se hará en el ambón y del leccionario correspondiente.

Homilía

En estos domingos la Liturgia nos está proponiendo, del Evangelio de san Juan, el discurso de Jesús sobre el Pan de Vida, que es Él mismo y que es también el sacramento de la Eucaristía. El pasaje de hoy (Jn 6, 51-58) presenta la última parte de ese discurso, y hace referencia a algunos entre la gente que se escandalizaron porque Jesús dijo: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6, 54). El estupor de los que lo escuchan es comprensible; Jesús, de hecho, usa el estilo típico de los profetas para provocar en la gente —y también en nosotros— preguntas y, al final, suscitar una decisión. Antes que nada las preguntas: ¿qué significa «comer la carne y beber la sangre» de Jesús? ¿es sólo una imagen, una forma de decir, un símbolo, o indica algo real?

Para responder, es necesario intuir qué sucede en el corazón de Jesús mientras parte el pan para la muchedumbre hambrienta. Sabiendo que deberá morir en la cruz por nosotros, Jesús se identifica con ese pan partido y compartido, y eso se convierte para Él en «signo» del Sacrificio que

le espera. Este proceso tiene su culmen en la Última Cena, donde el pan y el vino se convierten realmente en su Cuerpo y en su Sangre. Es la Eucaristía, que Jesús nos deja con una finalidad precisa: que nosotros podamos convertirnos en una sola una cosa con Él. De hecho dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él» (v. 56). Ese «habitar»: Jesús en nosotros y nosotros en Jesús. La comunión es asimilación: comiéndole a Él, nos hacemos como Él. Pero esto requiere nuestro «sí», nuestra adhesión de fe.

A veces, se escucha esta objeción sobre la santa misa : «Pero, ¿para qué sirve la misa? Yo voy a la iglesia cuando me apetece, y rezo mejor en soledad». Pero la Eucaristía no es una oración privada o una bonita experiencia espiritual, no es una simple conmemoración de lo que Jesús hizo en la Última Cena. Nosotros decimos, para entender bien, que la Eucaristía es «memorial», o sea, un gesto que actualiza y hace presente el evento de la muerte y resurrección de Jesús: el pan es realmente su Cuerpo donado por nosotros, el vino es realmente su Sangre derramada por nosotros.

La Eucaristía es Jesús mismo que se dona por entero a nosotros. Nutrirnos de Él y vivir en Él mediante la Comunión eucarística, si lo hacemos con fe, transforma nuestra vida, la transforma en un don a Dios y a los hermanos. Nutrirnos de ese «Pan de vida» significa entrar en sintonía con el corazón

de Cristo, asimilar sus elecciones, sus pensamientos, sus comportamientos. Significa entrar en un dinamismo de amor y convertirse en personas de paz, personas de perdón, de reconciliación, de compartir solidario. Lo mismo que hizo Jesús .

Jesús concluye su discurso con estas palabras: «El que come este pan vivirá para siempre» (Jn 6, 58). Sí, vivir en comunión real con Jesús en esta tierra, nos hace pasar de la muerte a la vida. El Cielo comienza precisamente en esta comunión con Jesús.

Credo

Oración de los fieles

Oremos a Dios, nuestro Padre, que está siempre cerca de los que le invocan y, en su Hijo Jesucristo, no ofrece el Pan vivo verdadero.

1. Por la Iglesia; para que ofrezca a todos los hombres el alimento de la Eucaristía como camino de salvación y de vida eterna. **Roguemos al Señor.**
2. Por las vocaciones sacerdotales; para que el pueblo de Dios se vea siempre acompañado por pastores santos que encarnen la misericordia y la bondad de Dios. **Roguemos al Señor.**
3. Por los gobernantes de todo el mundo; para que trabajen

por garantizar un orden de justicia, para y convivencia, y erradiquen el hambre en toda la tierra. **Roguemos al Señor.**

4. Por los que sufren; para que por medio de la ayuda de Dios y de la caridad de los cristianos se vean libres de sus angustias. **Roguemos al Señor.**

5. Por nosotros aquí reunidos; para que participando del Pan de la vida logremos renovarnos en la mente y en el espíritu y abandonar el hombre viejo. **Roguemos al Señor.**

Dios nuestro, que has confiado al hombre las riquezas inmensas de la creación, escucha las oraciones de tu Iglesia, no permitas que a ninguno de tus hijos le falte el pan de cada día, y suscita también en nuestros corazones el deseo de saciar aquella hambre de verdad que Tú mismo infundes en el corazón de todos los hombres.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

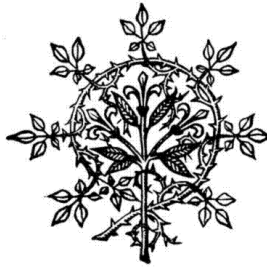
A quienes has renovado con el don del cielo, acompáñalos siempre con tu auxilio, Señor, y, ya que no cesas de reconfortarlos,

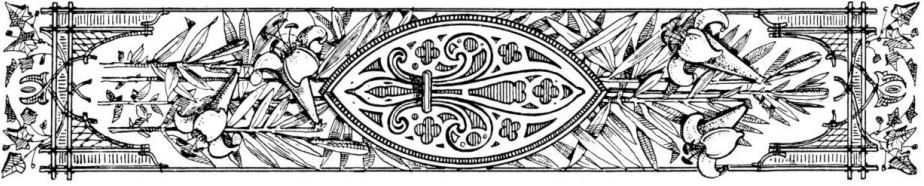
haz que sean dignos de la redención eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor y del cuerpo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO “B”

Monición de entrada y acto penitencial.

Seguir a Jesús es encontrar la vida, y creer en Él es recibir un alimento que sacia de verdad.

Por eso, confiando en Jesús, y creyendo que Él es el único Pan vivo que alimenta de verdad, preparémonos para celebrar la Eucaristía reconociendo nuestros pecados; pues nuestro amor está todavía demasiado lejos de su amor, y nuestra entrega está muy lejos de su entrega.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú que eres alimento para los débiles. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que eres Pan partido para dar vida al mundo. Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que vives entre nosotros y nos reúnes en el amor. Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Se concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



Dios todopoderoso y eterno, a quien,
instruidos por el Espíritu Santo,
nos atrevemos a llamar Padre,

renueva en nuestros corazones

el espíritu de la adopción filial,

para que merezcamos acceder a la herencia prometida.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo

que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía.

En este domingo prosigue la lectura del capítulo sexto del Evangelio de Juan, donde Jesús, habiendo cumplido el gran milagro de la multiplicación de los panes, explica a la gente el significado de aquel “*signo*” (Jn 6,41-51). Como había hecho antes con la Samaritana, a partir de la experiencia de la sed y del signo del agua, aquí Jesús parte de la experiencia del hambre y del signo del pan, para revelarse e invitarnos a creer en Él.

La gente lo busca, la gente lo escucha, porque se ha quedado entusiasmada con el milagro, ¡querían hacerlo rey! Pero cuando Jesús afirma que el verdadero pan, donado por Dios, es Él mismo, muchos se escandalizan, no comprenden, y comienzan a murmurar entre ellos: “*De él –decían–, ¿no conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo puede decir ahora: 'Yo he bajado del cielo'? (Jn 6,42)*”. Y comienzan a murmurar. Entonces Jesús responde: “*Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me envió*”, y añade “*el que cree, tiene la vida eterna*” (vv 44.47).

Nos sorprende, y nos hace reflexionar esta palabra del Señor: “*Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre*”, “*el que cree en mí, tiene la vida eterna*”. Nos hace reflexionar.

Esta palabra introduce en la dinámica de la fe, que es una relación: la relación entre la persona humana, todos nosotros, y la persona de Jesús, donde el Padre juega un papel decisivo, y naturalmente, también el Espíritu Santo, que está implícito aquí. No basta encontrar a Jesús para creer en Él, no basta leer la Biblia, el Evangelio, eso es importante ¿eh?, pero no basta. No basta ni siquiera asistir a un milagro, como el de la multiplicación de los panes. Muchas personas estuvieron en estrecho contacto con Jesús y no le creyeron, es más, también lo despreciaron y condenaron. Y yo me pregunto: ¿por qué, esto? ¿No fueron atraídos por el Padre? No, esto sucedió porque su corazón estaba cerrado a la acción del Espíritu de Dios. Y si tú tienes el corazón cerrado, la fe no entra. Dios Padre siempre nos atrae hacia Jesús. Somos nosotros quienes abrimos nuestro corazón o lo cerramos.

En cambio la fe, que es como una semilla en lo profundo del corazón, florece cuando nos dejamos “atraer” por el Padre hacia Jesús, y “vamos a Él” con ánimo abierto, con corazón abierto, sin prejuicios; entonces reconocemos en su rostro el rostro de Dios y en sus palabras la palabra de Dios, porque el Espíritu Santo nos ha hecho entrar en la relación de amor y de vida que hay entre Jesús y Dios Padre. Y ahí nosotros recibimos el don, el regalo de la fe.

Entonces, con esta actitud de fe, podemos comprender el sentido del *“Pan de la vida”* que Jesús nos dona, y que Él expresa así: *“Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”* (Jn 6,51). En Jesús, en su “carne” –es decir, en su concreta humanidad– está presente todo el amor de Dios, que es el Espíritu Santo. Quien se deja atraer por este amor va hacia Jesús, y va con fe, y recibe de Él la vida, la vida eterna.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Con todo el corazón dirijamos nuestras súplicas a Dios nuestro Padre, para que escuche las oraciones de los que estamos reunidos en su nombre.

- 1.** Por la Iglesia; para que bendiciendo al Señor en todo momento, anuncie a Cristo, Pan vivo bajado del cielo para la vida del mundo. **Roguemos al Señor.**
- 2.** Por las vocaciones sacerdotales; para que Jesucristo suscite quienes sirvan a su pueblo el Banquete del Pan vivo y de la Palabra salvadora. **Roguemos al Señor.**

3. Por los gobernantes del mundo entero; para que sean buenos y comprensivos con todos, buscando siempre construir un mundo más justo. **Roguemos al Señor.**

4. Por los enfermos y los atribulados; para que destierren de ellos la amargura, los enfados e invoquen al Señor que los salva de sus angustias. **Roguemos al Señor.**

5. Por nosotros; para que contemplando al Señor, seamos en todo imitadores de Dios y vivamos en el amor como Cristo nos amó. **Roguemos al Señor.**

Atiende nuestras plegarias, Padre, y guía a tu Iglesia peregrina en el mundo, sosteniéndola con la fuerza del alimento que no perece, para que perseverando en la fe de Cristo lleguemos a contemplar la luz de tu rostro.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (Se hace un momento de silencio)

La comunión en tus sacramentos nos salve, Señor,
y nos afiance en la luz de tu verdad.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

ASUNCIÓN

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Monición de entrada y acto penitencial:

Hoy nos hemos reunido para contemplar a la Santísima Virgen María, Madre de Cristo y Madre nuestra asunta a los cielos; mujer vestida de sol, la luna bajo sus pies y coronada de estrellas. Glorificada por Dios y compartiendo la vida nueva de su Hijo Jesucristo.

Comencemos pues, la Eucaristía, poniéndonos en la presencia de Dios, y conscientes de nuestra pequeñez y debilidad, nos confesamos culpables de nuestros pecados, in-

vocando la ayuda de nuestra Señora, la Virgen María, refugio de pecadores, para que interceda por nosotros.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

Yo confieso...

Se concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Se continúa diciendo:

Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



Dios todopoderoso y eterno,
que has elevado en cuerpo y alma
a la gloria del cielo a la inmaculada Virgen María,

Madre de tu Hijo,
concédenos que aspirando siempre
a las realidades divinas,
lleguemos a participar con ella de su misma gloria.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Homilía.

Cuando el hombre puso un pie en la Luna, se dijo una frase que se hizo famosa: *«Este es un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la humanidad»*. De hecho, la humanidad había alcanzado un hito histórico. Pero hoy, en la Asunción de María al Cielo, celebramos una conquista infinitamente más grande. La Virgen ha puesto sus pies en el paraíso: no ha ido solo en espíritu, sino también con el cuerpo, toda ella. Este paso de la pequeña Virgen de Nazaret ha sido el gran salto hacia delante de la humanidad. De poco sirve ir a la Luna si no vivimos como hermanos en la Tierra. Pero que una de nosotros viva en el Cielo con el

cuerpo nos da esperanza: entendemos que somos valiosos, destinados a resucitar. Dios no dejará desvanecer nuestro cuerpo en la nada. ¡Con Dios nada se pierde! En María se alcanza la meta y tenemos ante nuestros ojos la razón por la que caminamos: no para conquistar las cosas de aquí abajo, que se desvanecen, sino para conquistar la patria de allá arriba, que es para siempre. Y la Virgen es la estrella que nos orienta. Ella ha ido primero. Ella, como enseña el Concilio, *«precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo»* (Lumen gentium, 68).

¿Qué nos aconseja nuestra Madre? Hoy en el Evangelio lo primero que dice es *«engrandece mi alma al Señor»* (Lc 1, 46). Nosotros, acostumbrados a escuchar estas palabras, quizá ya no hagamos caso a su significado. Engrandecer literalmente significa *“hacer grande”*, engrandecer. María *“engrandece al Señor”*: no los problemas, que tampoco le faltaban en ese momento, sino al Señor. ¡Cuántas veces, en cambio, nos dejamos vencer por las dificultades y absorber por los miedos! La Virgen no, porque pone a Dios como primera grandeza de la vida. De aquí surge el Magnificat, de aquí nace la alegría: no de la ausencia de los problemas, que antes o después llegan, sino que la alegría nace de la presencia de Dios que nos ayuda, que está cerca de noso-

tros. Porque Dios es grande. Y sobre todo, Dios mira a los pequeños. Nosotros somos su debilidad de amor: Dios mira y ama a los pequeños.

María, de hecho, se reconoce pequeña y exalta las «*maravillas*» (v. 49) que el Señor ha hecho en ella. ¿Cuáles? Sobre todo el don inesperado de la vida. María es virgen y se queda embarazada; y también Isabel, que era anciana, espera un hijo. El Señor hace maravillas con los pequeños, con quien no se cree grande sino que da gran espacio a Dios en la vida. Él extiende su misericordia sobre quien confía en Él y enaltece a los humildes. María alaba a Dios por esto.

Y nosotros —podemos preguntarnos— ¿nos acordamos de alabar a Dios? ¿Le damos las gracias por las maravillas que hace por nosotros? ¿Por cada jornada que nos regala, porque nos ama y nos perdona siempre, por su ternura? ¿Y por habernos dado a su Madre, por los hermanos y las hermanas que nos pone en el camino, porque nos ha abierto el Cielo? ¿Nosotros damos las gracias a Dios, alabamos a Dios por estas cosas? Si olvidamos el bien, el corazón se encoge. Pero si, como María, recordamos las maravillas que el Señor realiza, si al menos una vez al día lo magnificamos, entonces damos un gran paso adelante. Una vez al día podemos decir: “*Yo alabo al Señor*”, “*Bendito sea el Señor*”: es

una pequeña oración de alabanza. Esto es alabar a Dios. El corazón, con esta pequeña oración, se dilatará, la alegría aumentará. Pidamos a la Virgen, puerta del Cielo, la gracia de iniciar cada día alzando la mirada hacia el cielo, hacia Dios, para decirle: “¡Gracias!”, como dicen los pequeños a los grandes.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos, hermanos, a Dios nuestro Padre, que en el día de hoy ha querido ensalzar a la Virgen María por encima de los coros de ángeles y de santos, y pidámosle que, por su intercesión, escuche nuestras súplicas y plegarias.

- 1.** Para que toda la Iglesia, unida a la gloriosa y santa Virgen María, Madre de Dios, proclame la grandeza del Señor y se alegre en Dios, su Salvador. **Roguemos al Señor.**
- 2.** Para que los jóvenes de nuestra diócesis descubran a Dios presente en sus vidas, imiten los ejemplos de vida de santa María, y muchos de ellos se decidan a entregar su vida a Dios en el ministerio sacerdotal. **Roguemos al Señor.**
- 3.** Para que la misericordia del Señor llegue a sus fieles de generación en generación, y todos los pueblos de la tierra

feliciten a aquella en la cual Dios ha hecho obras grandes.

Roguemos al Señor.

4. Para que el Señor, con las proezas de su brazo, conceda su auxilio a los ancianos y enfermos, y los difuntos alcancen el don de la vida eterna. **Roguemos al Señor.**

5. Para que Cristo, el rey que ha coronado a María como reina, cuando entregue la creación al Padre, nos conceda, como a María, la posesión del reino preparado desde la creación del mundo. Roguemos al Señor.

Dios y Padre nuestro, que constituiste a la Madre de tu Hijo Madre y Reina nuestra, escucha nuestra oración y haz que, ayudados por la intercesión de María, vivamos en constante actitud de servicio a nuestros hermanos mientras esperamos tu llegada en gloria y participemos un día de la felicidad eterna.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

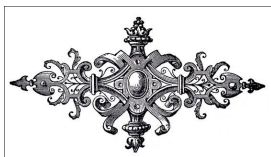
Oremos (Se hace un momento de silencio)

Después de recibir los sacramentos que nos salvan,
te rogamos, Señor,
que, por intercesión de santa María Virgen,
elevada al cielo, llegar a la gloria de la resurrección.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO “B”

Monición de entrada y acto penitencial

Nos reunimos para escuchar la palabra de Jesús, para darle gracias, y para pedirle que esta palabra suya ilumine y alimente cada día nuestra vida. Le decimos *“inclina tu oído, Señor, escúchame. Salva a tu siervo que confía en ti”*.

Por eso, comenzamos la celebración de la Eucaristía reconociéndonos pecadores ante Dios y ante los hermanos.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú que eres el camino que nos conduce al Padre. Señor, ten piedad.

℟. Señor, ten piedad.

- Tú que enviaste el Espíritu Santo para crear en nosotros un corazón nuevo. Cristo, ten piedad.

℟. Cristo, ten piedad.

- Tú que nos devuelves la alegría de la salvación. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Se concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



h, Dios,

que unes los corazones de tus fieles en un mismo deseo, concede a tu pueblo amar lo que prescribes y esperar lo que prometes, para que, en medio de las vicisitudes del mundo, nuestros ánimos se afirmen allí donde están los gozos verdaderos. Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Homilía

Hoy concluye la lectura del discurso sobre el *“Pan de vida”* que Jesús pronunció después del milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Al final de su discurso, el gran entusiasmo del día anterior se desvaneció, porque Jesús había dicho que era el Pan bajado del cielo y que daría su carne como alimento y su sangre como bebida. Desde ese momento, *“muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con Él”*. Frente a estas deserciones, Jesús no regatea ni atenúa sus palabras, es más: obliga hacer una elección clara: o estar con Él o separarse de Él, y les dice a los Doce: *“¿También vosotros queréis marcharos?”*. Entonces Pedro hace su confesión de fe en nombre de los otros Apóstoles: *“Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de Vida eterna”*. No dice: *“¿adónde iremos?”*, sino *“¿a quién iremos?”*.

El problema de fondo no es ir y abandonar la obra emprendida, sino a quién ir. La fidelidad a Dios es una cuestión de fidelidad a una persona, a la cual nos adherimos para recorrer juntos un mismo camino. Y esta persona es Jesús. Todo lo que tenemos en el mundo no sacia nuestra hambre de infinito. ¡Tenemos necesidad de Jesús, de estar con Él de ali-

mentarnos en su mesa, con sus palabras de vida eterna! Creer en Jesús significa hacer de Él el centro, el sentido de nuestra vida.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Dirijamos nuestras súplicas a Dios Padre, que está siempre cerca de los atribulados, con la confianza de alcanzar lo que le pedimos.

1. Por la Iglesia; para que sirviendo fielmente al Señor anuncie a todos que Jesucristo es el Santo consagrado por Dios. **Roguemos al Señor.**
2. Por las vocaciones sacerdotales; para que siempre haya en nuestra diócesis el número suficiente de sacerdotes que anuncien la Buena Noticia de Jesús. **Roguemos al Señor.**
3. Por los legisladores; para que procuren siempre la defensa de la familia, fundamentada en el amor y en el respeto mutuo. **Roguemos al Señor.**
4. Por los que vacilan en su fe; para que iluminados por la luz del Espíritu, descubran que sólo Jesucristo tiene palabras de vida eterna. **Roguemos al Señor.**
5. Por nosotros; para que siendo sumisos unos a otros con respeto cristiano, no vacilemos en nuestro seguimiento de

Jesús.. **Roguemos al Señor.**

Dios de nuestra salvación, que en Cristo, tu palabra eterna, nos da la plena revelación de tu amor; escucha nuestras súplicas y conduce con la luz del Espíritu Santo a esta santa asamblea de tu pueblo, para que ninguna palabra humana nos aleje de que tu única fuente de verdad y vida.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Te pedimos, Señor,
que realices plenamente en nosotros
el auxilio de tu misericordia,
y haz que seamos tales y actuemos de tal modo
que en todo podamos agradarte.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18.



XXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial

Acogemos en nuestro corazón la invitación que cada domingo nos hace el Señor de ir a él con nuestros cansancios y agobios. Sabemos que *“es bueno y clemente, rico en misericordia con los que le invocan”*. Por eso, comenzamos la celebración poniéndonos sinceramente en la presencia del Señor, ante su verdad, la cual nos descubre nuestra miseria y pecado. Así pues, reconozcamos en unos momentos de silencio nuestros pecados, y pidamos a Dios su gracia y su perdón.

Se hace un breve silencio. Luego se dice:

- Tú que nos perdonas y borras nuestras culpas. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que enviaste al Espíritu Santo para crear en nosotros un corazón nuevo. Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que nos devuelves la alegría de la salvación. Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Dios todopoderoso,
que posees toda perfección,
infunde en nuestros corazones
el amor de tu nombre y concédenos que,
al crecer nuestra piedad,
alimentes todo bien en nosotros
y con solicitud amorosa lo conserves.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

En este domingo retomamos la lectura del Evangelio de Marcos. En el pasaje de hoy (cfr Marcos 7,1-8.14-15.21-23), Jesús afronta un tema importante para todos nosotros creyentes: la autenticidad de nuestra obediencia a la Palabra de Dios, contra toda contaminación mundana o formalismo legalista. El pasaje se abre con la objeción que los escribas y los fariseos dirigen a Jesús, acusando a sus discípulos de no seguir los preceptos rituales según las tradiciones. De esta manera, los interlocutores pretendían golpear la confiabilidad y la autoridad de Jesús como maestro porque decían: *«Pero este maestro deja que los discípulos no cumplan las prescripciones de la tradición»*.

Pero Jesús replica fuerte y replica diciendo: *«Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, según esta escrito: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres”»* (vv. 6-7). Así dice Jesús, ¡Palabras claras y fuertes! Hipócrita es, por así decir, uno de los adjetivos más fuertes que Jesús usa en el Evangelio y lo

pronuncia dirigiéndose a los maestros de la religión: doctores de la ley, escribas... «*Hipócrita*», dice Jesús.

Jesús de hecho quiere sacudir a los escribas y los fariseos del error en el que han caído, ¿y cuál es este error? El de alterar la voluntad de Dios, descuidando sus mandamientos para cumplir las tradiciones humanas. La reacción de Jesús es severa porque es mucho lo que hay en juego: se trata de la verdad de la relación entre el hombre y Dios, de la autenticidad de la vida religiosa. El hipócrita es un mentiroso, no es auténtico.

También hoy el Señor nos invita a huir del peligro de dar más importancia a la forma que a la sustancia. Nos llama a reconocer, siempre de nuevo, eso que es el verdadero centro de la experiencia de fe, es decir el amor de Dios y el amor del prójimo, purificándola de la hipocresía del legalismo y del ritualismo. El mensaje del Evangelio hoy está reforzado también por la voz del apóstol Santiago, que nos dice en síntesis como debe ser la verdadera religión, y dice así: la verdadera religión es «*visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación y conservarse incontaminado del mundo*» (v. 27). «*Visitar a los huérfanos y a las viudas*» significa practicar la caridad hacia el prójimo a partir de las personas más necesitadas, más frágiles, más a los márgenes. Son las

personas de las cuales Dios cuida de forma especial, y nos pide a nosotros hacer lo mismo. «*No dejarse contaminar de este mundo*» no quiere decir aislarse y cerrarse a la realidad. No. Tampoco aquí debe ser una actitud exterior sino interior, de sustancia: significa vigilar para que nuestra forma de pensar y de actuar no esté contaminada por la mentalidad mundana, o sea de la vanidad, la avaricia, la soberbia. En realidad, un hombre o una mujer que vive en la vanidad, en la avaricia, en la soberbia y al mismo tiempo cree que se hace ver como religiosa e incluso llega a condenar a los otros, es un hipócrita.

Hagamos un examen de conciencia para ver cómo acogemos la Palabra de Dios. El domingo la escuchamos en la misa. Si la escuchamos de forma distraída o superficial, esta no nos servirá de mucho. Debemos, sin embargo, acoger la Palabra con mente y corazón abiertos, como un terreno bueno, de forma que sea asimilada y lleve fruto en la vida concreta. Así la Palabra misma nos purifica el corazón y las acciones y nuestra relación con Dios y con los otros es liberada de la hipocresía.

El ejemplo y la intercesión de la Virgen María nos ayuden a honrar siempre al Señor con el corazón, testimonian-

do nuestro amor por Él en las elecciones concretas por el bien de los hermanos.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Jesús nos ha dicho que a Dios Padre le gusta que le sirvamos en espíritu y verdad, es decir, sinceramente; así pues, sabiendo que Dios es un Padre cercano y fiel, y que está cerca de los que lo invocan, presentémosle confiadamente nuestras súplicas.

1. Por la Iglesia; para que sepa guardar y actualizar lo que ha recibido del Señor y prescindir de todo lo que le impide o dificulta su misión en el mundo. **Roguemos al Señor.**
2. Por las vocaciones sacerdotales; para que no falten quienes se decidan a dejarlo todo por seguir a Cristo y entregarle su vida por entero al servicio de los hermanos. **Roguemos al Señor.**
3. Por los gobernantes de todo el mundo; para que aúnen esfuerzos para encontrar solución a los problemas que afectan a la humanidad. **Roguemos al Señor.**
4. Por los que se limitan a cumplir con sus deberes religiosos por costumbre; para que descubran el verdadero sentido del culto a Dios. **Roguemos al Señor.**

5. Por nosotros, aquí reunidos; para que nuestro culto a Dios sea un culto auténtico, en espíritu y vida, y evitemos todo fariseísmo de cumplimiento meramente externo. Roguemos al Señor.

Mira, Señor, al pueblo cristiano reunido en el día de conmemoración de la Pascua; atiende sus plegarias y haz que la alabanza de nuestros labios resuene en lo más profundo del corazón, y que tu palabra sembrada en nosotros, santifique y renueve nuestra vida entera.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Sacitados con el pan de la mesa del cielo,
te pedimos, Señor,
que este alimento de la caridad
fortalezca nuestros corazones
y nos mueva a servirte en nuestros hermanos.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial

“El Señor es justo y sus mandamientos son rectos”; esto hace que cada domingo nos reunamos en comunidad para renovar nuestra adhesión fiel a Jesucristo, nuestro deseo de seguirlo; lo hacemos por medio de la escucha de su palabra y la comunión de su Cuerpo .

Comencemos, por tanto, la celebración; pongámonos en silencio reconociendo ante el Señor nuestra debilidad y pecado, y pidiéndole su gracia salvadora a fin de que su alabanza llegue al confín de la tierra.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú que has venido a abrir los ojos de los ciegos. Señor ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que has venido para que los sordos oigan y los mudos hablen. Cristo ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que has venido para anunciar la salvación a los pobres.
Señor ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



h, Dios,

por ti nos ha venido la redención

y se nos ofrece la adopción filial;

mira con bondad a los hijos de tu amor,

para que cuantos creemos en Cristo

alcancemos la libertad verdadera y la herencia eterna.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo

que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

El Evangelio de hoy (Mc 7, 31-37) relata la curación de un sordomudo por parte de Jesús, un acontecimiento prodigioso que muestra cómo Jesús restablece la plena comunicación del hombre con Dios y con los otros hombres. El milagro está ambientado en la zona de la Decápolis, es decir, en pleno territorio pagano; por lo tanto, ese sordomudo que es llevado ante Jesús se transforma en el símbolo del no-creyente que cumple un camino hacia la fe. En efecto, su sordera expresa la incapacidad de escuchar y de comprender no sólo las palabras de los hombres, sino también la Palabra de Dios. Y san Pablo nos recuerda que *«la fe nace del mensaje que se escucha»* (Rm 10, 17).

La primera cosa que Jesús hace es llevar a ese hombre lejos de la multitud: no quiere dar publicidad al gesto que va a realizar, pero no quiere tampoco que su palabra sea cubierta por la confusión de las voces y de las habladorías del entorno. La Palabra de Dios que Cristo nos transmite necesita silencio para ser acogida como Palabra que sana, que reconcilia y restablece la comunicación.

Se evidencian después dos gestos de Jesús. Él toca las orejas y la lengua del sordomudo. Para restablecer la relación con ese hombre «*bloqueado*» en la comunicación, busca primero restablecer el contacto. Pero el milagro es un don que viene de lo alto, que Jesús implora al Padre; por eso, eleva los ojos al cielo y ordena: «*¡Ábrete!*». Y los oídos del sordo se abren, se desata el nudo de su lengua y comienza a hablar correctamente (cf. v. 35). La enseñanza que sacamos de este episodio es que Dios no está cerrado en sí mismo, sino que se abre y se pone en comunicación con la humanidad. En su inmensa misericordia, supera el abismo de la infinita diferencia entre Él y nosotros, y sale a nuestro encuentro. Para realizar esta comunicación con el hombre, Dios se hace hombre: no le basta hablarnos a través de la ley y de los profetas, sino que se hace presente en la persona de su Hijo, la Palabra hecha carne. Jesús es el gran «*constructor de puentes*» que construye en sí mismo el gran puente de la comunión plena con el Padre.

Pero este Evangelio nos habla también de nosotros: a menudo nosotros estamos replegados y encerrados en nosotros mismos, y creamos muchas islas inaccesibles e inhóspitas. Incluso las relaciones humanas más elementales a veces crean realidades incapaces de apertura recíproca: la pareja cerrada, la familia cerrada, el grupo cerrado, la parro-

quia cerrada, la patria cerrada... Y esto no es de Dios. Esto es nuestro, es nuestro pecado.

Sin embargo, en el origen de nuestra vida cristiana, en el Bautismo, están precisamente aquel gesto y aquella palabra de Jesús: «*¡Effatá! – ¡Ábrete!*». Y el milagro se cumplió: hemos sido curados de la sordera del egoísmo y del mutismo de la cerrazón y del pecado y hemos sido incorporados en la gran familia de la Iglesia; podemos escuchar a Dios que nos habla y comunicar su Palabra a cuantos no la han escuchado nunca o a quien la ha olvidado y sepultado bajo las espinas de las preocupaciones y de los engaños del mundo.

Pidamos a la Virgen santa, mujer de la escucha y del testimonio alegre, que nos sostenga en el compromiso de profesar nuestra fe y de comunicar las maravillas del Señor a quienes encontramos en nuestro camino.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos al Señor, cuyos oídos están atentos a la voz de

nuestras súplicas, y que nos ha enviado a Jesucristo para curar nuestra sordera y nuestro mutismo.

1. Para que la Iglesia, abierta al diálogo con el mundo de hoy, pueda llevar a los oídos de todos la Buena Noticia de la salvación. **Roguemos al Señor.**

2. Para que nunca falten en nuestra diócesis sacerdotes que sepan ser hospitalarios, comprensivos y sensibles con todos. **Roguemos al Señor.**

3. Para que los que tienen en sus manos la autoridad sirvan con dedicación y acierto a los pueblos que tienen encomendados. **Roguemos al Señor.**

4. Para que los enfermos, especialmente los que no tienen fe, sepan descubrir en el sufrimiento un motivo para acercarse a Dios, y no para rebelarse contra Él. **Roguemos al Señor.**

5. Para que todos nosotros escuchemos con gusto e interés la palabra de Dios, y meditándola en nuestro corazón la llevemos a la práctica. **Roguemos al Señor.**

Oh Padre, que has elegido a los humildes y los pobres para hacerlos ricos en fe y herederos de tu reino; escucha nuestras peticiones y ayúdanos a anunciar tu palabra de aliento a todos los extraviados de corazón, para que soltándose las lenguas de la humanidad enferma, incapaz siquiera de orar, canten con nosotros tus maravillas.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (Se hace un momento de silencio)

Concede, Señor, a tus fieles,
alimentados con tu palabra
y vivificados con el sacramento del cielo,
beneficiarse de los dones de tu Hijo amado,
de tal manera que merezcamos participar siempre
de su vida.

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18.



XXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial.

Convocados por el Señor resucitado para escuchar su palabra y celebrar la Eucaristía, hacemos nuestras las palabras con las que se abren esta celebración: *“Señor da la paz a los que esperan en ti...”* des este modo, reuniéndonos en su presencia podremos saciarnos de su semblante. Dispongámonos, pues, a acogerle. Dejémonos seducir por Él y trabajemos con perseverancia y con ilusión, para que su Reino llegue a todos los hombres y mujeres del mundo.

Por eso, al comenzar la Eucaristía pidamos de todo corazón perdón por nuestros pecados.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

-Tú que no has rechazado sufrir como nosotros. Señor ten piedad

R. Señor, ten piedad.

-Tú que eres el Mesías. Cristo ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

-Tú que nos salvas con tu muerte y tu resurrección. Señor,

ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



íranos, oh Dios, creador y guía de todas las cosas,
y concédenos servirte de todo corazón,
para que percibamos el fruto de tu misericordia.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

**Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.**

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

Jesús se entregó voluntariamente a la muerte para corresponder al amor de Dios Padre, en perfecta unión con su voluntad, para demostrar su amor por nosotros. En la Cruz, Jesús «*me amó y se entregó por mí*» (Ga 2, 20). Cada uno de nosotros puede decir: Me amó y se entregó por mí. Cada uno puede decir esto: «*por mí*».

Estamos invitados a entrar cada vez más en la lógica de Dios, en la lógica de la Cruz, que no es ante todo aquella del dolor y de la muerte, sino la del amor y del don de sí que trae vida. Es entrar en la lógica del Evangelio. Seguir, acompañar a Cristo, permanecer con Él exige un «*salir*», salir. Salir de sí mismos, de un modo de vivir la fe cansado y rutinario, de la tentación de cerrarse en los propios esquemas que terminan por cerrar el horizonte de la acción creativa de Dios. Dios salió de sí mismo para venir en medio de nosotros, puso su tienda entre nosotros para traernos su misericordia que salva y dona esperanza. También nosotros, si queremos seguirle y permanecer con Él, no debemos contentarnos con permanecer en el recinto de las noventa y nueve ovejas, debemos «*salir*», buscar con Él a la oveja perdida, aquella más alejada. Recordad bien: salir de nosotros, como Jesús, como Dios salió de sí mismo en Jesús y Jesús salió de sí mismo por todos nosotros.

Alguno podría decirme: *«Pero, padre, no tengo tiempo», «tengo tantas cosas que hacer», «es difícil», «¿qué puedo hacer yo con mis pocas fuerzas, incluso con mi pecado, con tantas cosas?»*. A menudo nos contentamos con alguna oración, una misa dominical distraída y no constante, algún gesto de caridad, pero no tenemos esta **valentía de «salir» para llevar a Cristo**. Somos un poco como san Pedro. En cuanto Jesús habla de pasión, muerte y resurrección, de entrega de sí, de amor hacia todos, el Apóstol le lleva aparte y le reprende. Lo que dice Jesús altera sus planes, parece inaceptable, pone en dificultad las seguridades que se había construido, su idea de Mesías. Y Jesús mira a sus discípulos y dirige a Pedro tal vez una de las palabras más duras de los Evangelios: *«¡Aléjate de mí, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!»* (Mc 8, 33). **Dios piensa siempre con misericordia**: no olvidéis esto. Dios piensa siempre con misericordia: ¡es el Padre misericordioso! Dios piensa como el padre que espera el regreso del hijo y va a su encuentro, lo ve venir cuando todavía está lejos... ¿Qué significa esto? Que todos los días iba a ver si el hijo volvía a casa: éste es nuestro Padre misericordioso. Es el signo de que lo esperaba de corazón en la terraza de su casa. Dios piensa como el samaritano que no pasa cerca del desventurado compadeciéndose o mirando hacia otro lado,

sino socorriéndole sin pedir nada a cambio; sin preguntar si era judío, si era pagano, si era samaritano, si era rico, si era pobre: no pregunta nada. No pregunta estas cosas, no pide nada. Va en su ayuda: así es Dios. Dios piensa como el pastor que da su vida para defender y salvar a las ovejas.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos, hermanos, a Dios nuestro Padre, que es benigno y justo, y que inclina el oído para escuchar la oración de los que le invocan y quieren seguir sus caminos.

1. Por la Iglesia; para que anuncie incansablemente al hombre de nuestro tiempo que Jesucristo es el Mesías, el Hijo de Dios. **Roguemos al Señor.**

2. Por nuestro seminario diocesano; para que nunca le falten vocaciones que el día de mañana anuncien en nuestra diócesis la palabra de Dios. **Roguemos al Señor.**

3. Por los gobernantes de todos los pueblos; para que trabajen para que a nadie le falten los medios para llevar una vida digna. **Roguemos al Señor.**

4. Por los enfermos y todos los que sufren; para que no pierdan la calma y sepan que la cruz es camino que lleva a Dios. Roguemos al Señor.

5. Por todos nosotros; para que Dios nos conceda la fuerza de su Espíritu para que nuestras obras den testimonio de la fe que decimos profesar. Roguemos al Señor.

Oh Padre, consuelo de los pobres y de los que sufren, no nos abandones en nuestra miseria y atiende nuestras súplicas: que tu Espíritu Santo nos ayude a creer con el corazón confesando con las obras que Jesús es el Cristo, y a vivir de acuerdo a su palabra y ejemplo, seguros de salvar nuestras vidas sólo cuando tengamos el coraje de perderlas.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (Se hace un momento de silencio)

Te pedimos, Señor,
que el fruto del don del cielo penetre
nuestros cuerpos y almas,

para que sea su efecto, y no nuestro sentimiento,
el que prevalezca siempre en nosotros.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial.

Nos reunimos para dar gracias a Dios, porque él, por medio de su Hijo Jesucristo «*es la salvación del pueblo*». Él está entre nosotros, dispuesto a decirnos algo a través de su palabra, dispuesto a orar con nosotros, y dispuesto a renovar su comunicación de amor, hasta hacerse comida, alimento de vida eterna para todos.

Pongámonos pues, en silencio delante de Dios al comenzar estos misterios; y pidámosle que nos llene de su gracia, de su amor, y de su perdón.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú que te has entregado en manos de los hombres. Señor ten piedad

R. Señor, ten piedad.

- Tú que has vencido al pecado en tu propia carne. Cristo ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

- Tú que has dado tu vida en rescate por todos. Señor ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



h, Dios,
que has puesto la plenitud de la ley divina
en el amor a ti y al prójimo,

concédenos cumplir tus mandamientos,
para que merezcamos llegar a la vida eterna.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

**Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.**

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

En el Evangelio de hoy (Mc 9,30-37) Jesús dice a los Doce que si uno quiere ser el primero está llamado a hacerse el último y servidor de todos. Jesús sabía que por el camino los discípulos habían discutido entre ellos sobre quién fuese el más grande, por ambición. Esa pelea, diciendo “*yo debo ir delante, yo debo subir*”, es el espíritu del mundo. También la Primera Lectura (St 4,1-10) recalca este aspecto, cuando el apóstol Santiago recuerda: «*¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios?*». Es ansia de mundanidad, ansia de ser más importante que los demás y decir: “*¡No! Yo me merezco esto, no lo merece ese otro*”. Es el espíritu del mundo, y quien respira ese espíritu, respira la enemistad con Dios. Jesús, en otro pasaje, dice a los discípulos: “*O estáis conmigo o estáis contra mí*”. No hay “*apaños*” en el Evangelio. Y cuando uno quiere vivir el Evangelio haciendo “*apaños*”, al final se encuentra con el espíritu mundano, que siempre intenta hacer “*apaños*” para trepar más, para dominar, para ser más grande.

Tantas guerras y peleas vienen precisamente de los deseos mundanos, de las pasiones, como dice Santiago: «*¿De dónde proceden los conflictos y las luchas que se dan entre vosotros?*». Es verdad, hoy todo el mundo está sembrado de

guerras. Como la de los apóstoles: ¿quién es el más importante? *“Mirad la carrera que he hecho: ¡ahora no puedo ir para atrás!”*. Ese es el espíritu del mundo y eso no es cristiano. *“¡No! ¡Me toca a mí! Yo debo ganar más para tener más dinero y más poder”*. Ese es el espíritu del mundo. Y luego, la maldad de la murmuración: el chismorreó. ¿De dónde viene? De la envidia. El gran envidioso es el diablo, lo sabemos, lo dice la Biblia. Por la envidia del diablo entró el mal en el mundo. La envidia es un gusano que te empuja a destruir, a criticar, a aplastar al otro.

En la discusión de los discípulos estaban todas esas pasiones y por eso Jesús les regaña y les anima a hacerse servidores de todos y a tomar el último puesto. ¿Quién es el más importante en la Iglesia: el Papa, los obispos, los monseñores, los cardenales, los párrocos de las iglesias más bonitas, los presidentes de las asociaciones laicales? ¡No! El más grande en la Iglesia es el que se hace siervo de todos, el que sirve a todos, no el que tienen más títulos. Y para que lo entendieran, tomó a un niño, lo puso en medio y, abrazándolo con ternura –porque Jesús hablaba con ternura, tenía tanta–, les dijo: *«El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí»*, es decir, quien acoge al más humilde, al más servidor. Ese es el camino. La senda contra el espíritu

del mundo es una sola: la humildad. Servir a los demás, escoger el último puesto, no encaramarse.

Así pues, no se puede negociar con el espíritu del mundo, no se puede decir: “Tengo derecho a este puesto, porque mirad la carrera que he hecho”. La mundanidad es enemiga de Dios. Por el contrario, hay que escuchar estas palabras tan sabias y animantes que Jesús dice en el Evangelio: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos».

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Unidos a Jesucristo, que murió y resucitó por nuestra salvación, e inspirados por el Espíritu Santo, pidamos a Dios Padre por las necesidades de todos los hombres y los pueblos.

1. Por la Iglesia; para que en todo momento dé testimonio de Cristo que no vino a ser servido, sino a servir. **Roguemos al Señor.**

2. Por las vocaciones sacerdotales; para que nunca falten en nuestra diócesis sacerdotes santos que hagan presente a Jesús, buen Pastor entre nosotros. **Roguemos al Señor.**

3. Por aquellos que tienen autoridad frente a los demás; para que siempre trabajen en servicio de los demás buscando la paz y la justicia. **Roguemos al Señor.**
4. Por aquellos que atraviesan dificultades en la vida; para que no pierdan la confianza en Dios, que sostiene sus vidas. **Roguemos al Señor.**
5. Por nosotros; para que nos hagamos servidores de nuestros hermanos, acogiendo a los más pequeños en nuestro corazón. **Roguemos al Señor.**

Oh Dios, Padre de todos los hombres, que quieres que los últimos sean los primeros y haces de un niño la medida de tu reino; escucha nuestras oraciones y danos la sabiduría de lo alto, para que aceptemos la palabra de tu Hijo y comprendamos que ante Ti el más grande es el que sirve.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oración después de la comunión

Oremos (Se hace un momento de silencio)

Señor, apoya bondadoso con tu ayuda continua
a los que alimentas con tus sacramentos,
para que consigamos el fruto de la salvación
en los sacramentos y en la vida diaria.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





XXVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial:

Hermanos, comencemos la celebración, abriéndonos a la gracia de Dios, reconociendo «*que hemos pecado contra ti y no hemos obedecido sus mandamientos*»; pero le pedimos que nos trate «según su gran misericordia» porque reconocemos nuestros pecados al inicio de estos misterios santos.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

Tú que nos llamas a la integridad de vida. Señor ten piedad

℟. Señor, ten piedad.

Tú que quieres que estemos a favor tuyo. Cristo ten piedad.

℟. Cristo, ten piedad.

Tú que nos das mandamientos verdaderos. Señor ten piedad

℟. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rz. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (Se hace un momento de silencio)



h, Dios, que manifiestas tu poder
sobre todo con el perdón y la misericordia,
aumenta en nosotros tu gracia,
para que, aspirando a tus promesas,
nos hagas participar de los bienes del cielo.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilia

El Evangelio de este domingo (cf. Marcos 9, 38-43.45.47-48) nos presenta uno de esos momentos particulares muy instructivos de la vida de Jesús con sus discípulos.

Estos habían visto que un hombre, el cual no formaba parte del grupo de los seguidores de Jesús, expulsaba a los demonios en el nombre de Jesús, y por eso querían prohibírselo. Juan, con el entusiasmo acérrimo típico de los jóvenes, informa sobre el hecho al Maestro buscando su apoyo; pero Jesús, al contrario, responde: *«No se lo impedáis, pues no hay nadie que obre un milagro invocando mi nombre y que luego sea capaz de hablar mal de mí. Pues el que no está contra nosotros, está por nosotros»* (vv. 39-40).

Juan y los demás discípulos manifiestan una actitud de cerrazón frente a un suceso que no entra en sus esquemas, en este caso la acción, aunque sea buena, de una persona «externa» al círculo de seguidores. Sin embargo Jesús aparece muy libre, plenamente abierto a la libertad del Espíritu de Dios, que en su acción no está limitado por ningún confín o algún recinto. Jesús quiere educar a sus discípulos, también a nosotros hoy, en esta libertad interior. Nos hace bien reflexionar sobre este episodio, y hacer un poco de examen de conciencia. La actitud de los discípulos de Jesús es muy humana, muy común, y lo podemos encontrar en las comunidades cristianas de todos los tiempos, probablemente también en nosotros mismos.

De buena fe, de hecho, con celo, se quisiera proteger la autenticidad de una cierta experiencia, tutelando al fun-

dador o al líder de los falsos imitadores. Pero al mismo tiempo está como el temor de la «*competencia*» —esto es feo: el temor de la competencia-, que alguno pueda robar nuevos seguidores, y entonces no se logra apreciar el bien que los otros hacen: no va bien porque «no es de los nuestros», se dice. Es una forma de autorreferencialidad. Es más, aquí está la raíz del proselitismo. Y la Iglesia —decía el Papa Benedicto— no crece por proselitismo, crece por atracción, es decir crece por el testimonio dado a los demás con la fuerza del Espíritu Santo.

La gran libertad de Dios al donarse a nosotros constituye un desafío y una exhortación a modificar nuestras actitudes y nuestras relaciones. Es la invitación que nos dirige Jesús hoy. Él nos llama a no pensar según las categorías de «*amigo/enemigo*», «*nosotros/ellos*», «*quien está dentro/quien está fuera*», «*mío/tuyo*», sino para ir más allá, a abrir el corazón para poder reconocer su presencia y la acción de Dios también en ambientes insólitos e imprevisibles y en personas que forman parte de nuestro círculo. Se trata de estar atentos más a la autenticidad del bien, de lo bonito y de lo verdadero que es realizado, que no al nombre y a la procedencia de quien lo cumple. Y —como nos sugiere la parte restante del Evangelio de hoy —en vez de juzgar a los demás, debemos examinarnos a nosotros mismos, y

«cortar» sin compromisos todo lo que puede escandalizar a las personas más débiles en la fe.

Que la Virgen María, modelo de dócil acogida de las sorpresas de Dios, nos ayude a reconocer los signos de la presencia del Señor en medio de nosotros, descubriéndolo allá donde Él se manifieste, también en las situaciones más impensables y raras. Que nos enseñe a amar nuestra comunidad sin envidias y clausuras, siempre abiertos al amplio horizonte de la acción del Espíritu Santo.

Credo.

Oración de los fieles

Dirijamos ahora nuestra oración confiada a Dios Padre, para que derrame su Espíritu sobre el mundo entero y nos ayude a descubrir su voluntad y vivir de acuerdo con sus mandamientos.

- 1.** Por la Iglesia; para que anuncie a todos los hombres y a todos los pueblos la salvación de Jesucristo. **Roguemos al Señor.**
- 2.** Por las vocaciones sacerdotales; para que el Espíritu de Dios suscite sacerdotes santos para anunciar en nuestra diócesis la Palabra salvadora. **Roguemos al Señor.**

3. Por los que tienen autoridad en el mundo; para que Dios les preserve de la arrogancia, y no se dejen corromper por las riquezas. **Roguemos al Señor.**

4. Por los pecadores; para que mirando hacia su interior, se arrepientan de sus culpas y corrijan su forma de vida. **Roguemos al Señor.**

5. Por todos nosotros; para que seamos capaces de respetar, aceptar y amar a los que no piensan como nosotros. **Roguemos al Señor.**

Oh Dios, que no privaste nunca a tu pueblo de la voz de los profetas; escucha nuestras súplicas y derrama tu Espíritu sobre el nuevo Israel, para que todos los hombres sean ricos en tus dones, y anuncien a todos los pueblos del mundo las maravillas de tu amor.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oración después de la comunión

Oremos (Se hace un momento de silencio)

Señor, que el sacramento del cielo
renueve nuestro cuerpo y nuestro espíritu,
para que seamos coherederos
en la gloria de aquel
cuya muerte hemos anunciado y compartido.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





CANTOS PARA LA CELEBRACIÓN-PASCUA

CANTOS PARA LA CELEBRACIÓN-TIEMPO ORDINARIO

Canto de entrada

¡Sálvanos Señor Jesús! CLN A-14

Alrededor de tu mesa CLN A-4

Reunidos en el nombre del Señor CLN A-9

Pueblo de Reyes CLN 401

A Dios den gracias los pueblos CLN 510

Canto de comunión

Donde hay caridad y amor CLN O-23

Os doy un mandamiento nuevo CLN 729

Gustad y ved CLN O-30



Delegación Episcopal de Liturgia